

UNCAS

Os voy a contar mi historia. Me llamo Uncas y soy un caballo. Cuando me trajeron a este pueblo, pensé que mi vida iba a ser aburrida y que todos los días iban a ser iguales, no sabéis lo equivocado que estaba, dejar que os lo cuente.

Era final de verano, hacía mucho calor, pronto volveríamos a la rutina de otoño y poco a poco llegaría sobre nosotros el invierno y las nieves.

Entonces... la vi, estaba parada, se la veía recién llegada, tenía en los ojos esa curiosidad típica de estar viendo algo por primera vez. Nuestras miradas se cruzaron y poco a poco, fui hacia ella. Soy grande, pero ella no se movió, simplemente levanto la mano y me acarició.

En su cara se dibujó una sonrisa y en ese momento supe... que este año no iba a ser igual que los anteriores.

Me conto que se llamaba Leire y que tenía 10 años, que debido a que su padre se había quedado sin trabajo se habían tenido que ir al pueblo, que aquí, su padre llevaría el bar. No le gustó nada la idea, nuevo colegio, nuevo maestro y nuevos compañeros. Según ella... había vuelto a la Prehistoria, un pueblo sin fibra óptica... no podría chatear con sus amigas, ni jugar a roblox, ni tener videollamadas, así, sus amigas se iban a olvidar de ella. La veía muy triste.

Estando allí, llegó su padre y llevaba un casco, yo sabía lo que eso significaba, Leire me iba a montar.

Nunca había montado así que hablaron con Manolo para que le diera unas lecciones básicas. Era muy buena, aprendía rápido.

Según me decía, las clases se le hacían eternas porque solo pensaba en salir para venir a verme.

Poco a poco fue cogiendo seguridad y por fin llegó el momento en el que estaba preparada para montar en mi lomo.

Dimos unas vueltas por la pista, los dos nos sentimos cómodos desde el primer momento y Manolo estaba contento, no había dejado que nadie me montara, con Leire, era diferente.

Paso el invierno y llegó la primavera. Sabía lo que eso significaba, por fin podríamos salir a los caminos. Veía a Leire contenta, ya no tenía esa tristeza de cuando llegó, había encontrado una nueva forma de mantener el contacto con sus amigas. Me contó que antes de irse a la cama, los lunes, les escribía una carta, el martes subía el médico al pueblo y se la entregaba para que la echara a correos, así sus amigas tenían noticias suyas a menudo. Era otra forma de comunicarse.

Así llegó el verano, entre paseos por los caminos y remo jinas en el río.

Un día, Leire tardaba mucho en llegar y cuando lo hizo, vino acompañada de otra niña, me dijo que era Lucía, su gran amiga, estaba radiante de tenerla cerca, rieron y jugaron, fueron a la piscina y juntas me cepillaban la crin.

De repente algo ocurrió, se oyó mucho ruido de sirenas y helicópteros, los adultos corrían de aquí para allá, muy nerviosos y preocupados, y de repente lo vi, era fuego, se estaba acercando peligrosamente al pueblo.

Manolo no estaba y las niñas no tenían la llave para poder abrir la puerta, y que saliéramos. Solo había una solución, teníamos que escapar por el río. Hice que Leire entendiera mi idea, se subió a mi lomo e hizo que Lucía subiera también, agrupé a los caballos y poco a poco fuimos por el río hasta conseguir escapar del fuego. Leire estaba preocupado por sus padres así que dejó a Lucía con el resto de la manada y juntas regresamos.

Encontramos a sus padres, habían conseguido salir y estaban a salvo así que volvimos junto al resto de la manada.

A partir de ahí, todo cambió. Los daños que había sufrido el pueblo no eran muy grandes, pero había que hacer reparaciones.

A los pocos días, Leire vino a verme, estaba llorando, sabía lo que eso significaba, a su padre lo habían llamado para un trabajo en la ciudad y no podía dejar escapar esa oportunidad. Prometió que todos los fines de semana subiría a verme y haría que esos dos días fueran como una semana entera. Han pasado los años y a día de hoy... sigue cumpliendo su palabra.